

EL DÍA TRINITARIO

Alberto Baeza Flores

Dos rosas para Duarte.

Duarte pasó sus últimos años en Venezuela. Pero no hizo fortuna.

“Allí murió en indigencia tan completa -escribe Hostos- que a veces, dicen, tenía que sumergirse en el fondo de los bosques venezolanos para disimular su falta de sustento o acaso para pedir a las plantas lo que ellas dan generosamente a los hambrientos.

Cuando a nadie podía hacer sombra, Duarte fue repatriado a la patria que él fue el primero en querer libre; pero ya no era más que un poco de polvo”

Un poco de polvo, él que fue una estrella luminosa. Polvo, él que dio vida y cimiento a la libertad; él que sacudió las congojas y fue más allá del sacrificio en busca de la esperanza. Meditación frente a ese poco de cenizas de cuánto puede el hombre por la libertad.

“ Los hombres están devorados por el fuego de la muerte y se ven privados de guías”, dice Buda en “Vanidad de la vida sensible”. Pero los hombres, por esta devoración del fuego mortal, aman también mucho la vida, se afirman en ella, a ella se agarran, con la misma carne y el mismo espíritu de pasión que los ata al vaso de fuego de su muerte. Aman también la vida, acaso por eso: porque son paja, polvo, espigas que han de morir: arenas de un mar común, raíces de una misma tierra que los ama y los consume. Aman la vida, tanto que llegan como este Juan Pablo Duarte, a darlo todo por un poco o mucho de libertad, y mueren también unos pocos- como este gran señor quijotesco, divino, en su supremo arrebató, en su alucinada locura, en su empeño ejemplar y esperanzado. Mueren, también, dándolo todo, dejándolo todo, para que otros vivan lo que ellos no vivieron.

De estos hombres donosos en su afán de bien común, apostólicos hasta en su destierro, limpios hasta en su máximo abatimiento, fue Duarte.

La víspera del aniversario trinitario es razón sobrada el pensar en él ya que le dio una especie de aliento vital, y pagó el aliento La

Trinitaria, con la vida suya, en el destierro; pagó ciento por uno, año de abandono y dolor por amar la libertad.

¡Qué razón de llanto, de nostalgia sublime, hay en este día cargado de valentía!

¡Qué nostalgia a los ojos y al alma, nos da el supremo desterrado, que murió como páramo!

El, el mismo que temblaba como las cañas de sus Antillas bellas; él que era todo ternura; él, que era todo corazón bien puesto, hombre del día puro y gloria de su mejor instante; él, que escribiera de su sol: "El sol de julio, inmaculado y bello", murió sin su sol de julio verdadero, o mejor, murió con él, pero en lo íntimo de sí, hecho sol de oro bueno en su desesperado corazón. Muerte triste, gris y acongojada. Muerte que nos enseña y nos levanta.

Puede mirarse la patria en él ahora y nombrarlo hijo suyo mejor; su amoroso hijo silencioso, verdadero; puede mirarse la patria en él como en estanque bueno y sin fondo, como en espejo fiel. Y podemos ir a él como al caño de oro de las fábulas, que estará dando agua eternamente a los que sepan sentir y mirar. Surtidor de lo eterno, en lo eterno, aunque a veces de tan acongojado este surtidor nos dé agua y sangre. Cenizas tuyas, que también son nuestras y de cenizas sagradas. El llegó dueño de sabiduría y de nombre y halló patria de 22 años de elegía. Pena hasta en el cielo. Yerba hasta en el corazón de su tierra. Pasos ciegos y desolación, hasta debajo de las piedras acongojadas. Y se dio a enseñar filosofía, letras, matemáticas y conmovedoramente esgrima -decía- había que hacer hombres para que pelearan con espada y con ciencia, por la patria. Y esa guardia de Duarte, ese golpe que tira con todo el peso de su corazón, penetra y queda la espada suya como un símbolo en el aire. Ese pequeño florete entra en la libertad y abre una historia. Un filo débil, tembloroso, pero firme, queda como vibrando en el amor de su patria, hecho no ya florete de sus clases y sus discípulos, sino rayo de firmeza y seguridad.

Y por él y los suyos, reemplazó el llanto de campos, ciudades y plantíos, la sangre. El fue el puente, la unión, para que el cielo y la tierra pasaran a sangre de libertad. Y amor, sueño, cielo, silencio, tierra y ternura, miran al dadivoso, y miran también a Pablo, a Juan Isidro, a Pedro, a Jacinto, a Félix María, a José María, a Benito, a Felipe,

Juan Nepomuceno, Juan Pablo, Vicente, Tomás, José Antonio, Ramón, Francisco, porque ya no sabemos, sino nombrarlos como los apóstoles de ese día de libertad.

Con “Patria y Libertad”, Duarte hizo lo máximo y buscó armas y municiones y Rosa, su hermana se improvisó obrera de proyectiles husmeando aquí y allá, desesperándose en la impaciencia, buscándolas siempre “a costa de una estrella del cielo”, como le escribía su amigo. El 10 de septiembre del año glorioso de la libertad sale Duarte al destierro y el 15 de julio de 1876 muere en Venezuela.

“Por desesperada que sea la causa de mi Patria, siempre será la causa del honor -escribía él acongojado-, y siempre estaré dispuesto a honrar su enseña con mi sangre”. Y luego: “El día que la olvide será el último de mi vida”. Once años de agonía, de muerte y de coqueteos con la miseria. Once años de penalidad y destierro al generoso.

Murió un día antes del aniversario de su día trinitario como para que su muerte se uniera a la pasión que fue su vida.

Al tiempo de la ingratitud florece un tiempo nuevo, y la patria lo trae redimida y lo deja descansando entre sus más elegidos. En el círculo, no de cenizas sino de viva recordación, lo llevamos a vivir; sube en nosotros y queda; vive, radiante al fin, él que lloró y se desesperó por su tierra. El, que dejó su madre en tierra, a su hermana pobre, a su hermano enloquecido de dolor e ingratitud; él, que vio morir sus compañeros en los patíbulos, en el destierro, en el olvido, en la memoria, o con balas traidoras, vuelve, al fin, todo ya para nosotros, y es síntoma, el mejor, hacerlo florecer en medio del comprensivo silencio enamorado.

Las cenizas han de ser, por fin, flores, y como tales, dos rosas blancas le dejamos.

Rosa, la rosa comprensiva que lo alentó siempre, que lo animó en la congoja, compartió el destierro y supo ser bella rosa y valiente, en el corazón más tierno. Rosa Duarte, debe ser esta primera rosa material, rosa de carne y también de espíritu, y otra, la rosa compañera, la rosa blanca que llevaron las muchachas en sus años mejores, la rosa “filoria” que en la sien de las mujeres era rosa de libertad. Estas dos deben ser, para siempre, rosas de orgullo.

Gastó felicidad, herencia, gloria. Vivió, con los suyos, acorralado en el destierro largo, como rodeado de familia espartana. ¡Qué menos que honrar estas dos rosas para honrarlo!

Quisiéramos ver el próximo 15 de julio de 1944, el día 16 de julio de 1944, estas rosas blancas renacer en las bellas mujeres dominicanas de entonces.

Sería nuestra más comprensiva y amorosa manera de honrar al héroe.

La rosa blanca, pura; la rosa "filoria", vuelta a brillar: y cristalina rosa de esperanza, siempre, para que la República Dominicana no vuelva atrás, y siga siempre orientada por esas dos delicadas rosas.

Así, el recuerdo de Duarte será más nuestro y sentiremos en el aire con todo el aire del amor- a este gran muerto presente, a este bondadoso Padre de la Patria dominicana, que dio tanta pasión y tanta generosidad.

Día de los apasionados héroes.

"Y allí encuentran el descanso las almas de los muertos, allí en el centro mismo del flujo y reflujo de la sangre, que es donde duermen mejor".

Lo escribió Lawrence, el desesperado inglés, pensando en tierras de nuestra América india y española. ¿Por qué no traer sus palabras al día nuestro, al día de nuestra meditación y nuestra enseñanza? Que nos acompañe sí, por los muertos que nos andan en la sangre, y que vaya con ellos como a través de un mar, porque es cruz trinitaria, y surgen los héroes como formados a lágrimas de heroísmo y destierro. ¿Qué otra cosa son ellos sino vivas estatuas crecidas de lágrimas y penas? ¿Qué otra cosa son sino apetencia de una vida pura y esforzada? ¿Qué representan sino el valor del hombre contra el infortunio? ¿Qué son, ahora, sino instrumentos de la patria, elementos de pasión y de destino? Con ellos nos levantamos hoy. Con ellos nos acostamos en la tierra mañana. Y siempre irán renaciendo, siendo más vivos mientras más en nosotros vayan ellos que supieron ser tan muertos y morir con tan apasionada angustia agónica.

Ya hemos echado atrás las lágrimas y la desesperación y el

infortunio de saberlos lejos de nuestra tierra y nuestro cielo; muertos para la vida, renacidos en nuestro orgullo y nuestro recuerdo.

Ya hemos dejado correr en nosotros ese río silencioso, apretado de quebranto y de congoja, y nos hemos jurado que amándolos borraremos en parte la muerte tan solitaria que tuvieron.

Ya hemos pensado en Duarte, el más solitario de todos, “en su agonía de catorce años” (para decirlo con Hostos); ya Duarte se ha dolido en nosotros y nos hemos dolido de su abandono, en “su lado no iluminado de la vida” (Rilke) cortado “como la flor del heno” (Santa Teresa).

Ya lo hemos seguido en Venezuela, en sus días de pobreza, de soledad, de dolor, de congoja griega, con la hermana angelical, con la familia heroica, de heroísmo mucho mayor que el de las balas, porque este de los elegidos dominicanos fue heroísmo seco, casi sin lágrimas de puro fiero y duro; heroísmo donde el corazón más bien puesto pudo haber temblado como la última hoja del otoño ante la adversidad; heroísmo del griego rey en la playa abandonada, despreciado de sus hermanos; heroísmo múltiple de cada día con esperanza y sin quejas.

¿Cómo la patria no llora este día; cómo no trae su flor más fresca, su cielo más claro, su aire más limpio, para la frente de estos amorosos desterrados? ¿Con qué laurel pagar tanta desdicha bien cumplida? Y no habían laureles ni palmas; no había nada, sino la sangre para llevar el recuerdo, el silencio para dialogar con él y conducirlo; no había sino el amor para descontar un poco lo mucho de esta grande y apasionada deuda de pasión y recuerdos.

El sí que pudo decir con Quevedo que la muerte tenía para él “más de caricia que de pena”. Porque él que lo perdió todo y él que todo lo tuvo en sí, consiguió; él que jugó su vida, su honra, su felicidad, su comodidad, su amor, su dicha, ya nada podía ver porque en su desprendimiento, en su soledad y en su infortunio todo lo había visto y gustado.

Hemos dejado también a Francisco del Rosario Sánchez, atravesado por una bala de sus propios hermanos. Otro griego de infortunios, otro personaje caído no en el teatro de Eurípides y Sófocles en Atenas, sino en la tierra dominicana. Lo hemos dejado con

su espada resplandeciente, donde, en guerra de libertad entraba con ella al cielo, y su mirada resplandecía en su acero libertario.

Hemos dejado también a Mella, el menos infortunado de los tres, y este día trinitario volvemos los ojos a otros seres que arrancamos como de este friso histórico y heroico donde están colocados.

Rosa Duarte, la primera, haciendo de sus delicadas manos elementos de guerra y libertad; amarrando centenares de proyectiles; acompañando al hermano errante al destierro; ella, que para los de su época podía ser la reencarnación de alguna brava y maravillosa española de Calderón; renunciando al amor del hombre amado, por destierro con la patria amada; ella sí que gastó felicidad, herencia, hogar, paz, contento; debe ser de las primeras en nuestros recuerdos.

Manuel María Valencia, redactando "El dominicano", clarín periódico, letra de fuego, pólvora libertaria, debe ser de los nuestros, siempre. Poeta y prosista, romántico subido en una especie de alto cielo de la patria.

Pedro Alejandrino Pina, elemento también de pasión: con su teatro de comedias y tragicomedias españolas, donde corría un arma cargada y fulgurante río despertador y alentador tras la palabra de los cómicos y actores improvisados; improvisándose también él mismo, con Juan Isidro Pérez, con Félix María del Monte, con de la Concha y otros, para decir desde el teatrillo de la Cárcel Vieja, la palabra del libertario romántico español, o del clásico rebelde, para hacerla suya, actual, de su época, y decir en ella, con ella, lo que debía decirse a pleno aire, a entera calle.

Y no olvidemos, entre los que traemos al recuerdo de este día, a José María Serra, historiador del momento, que fue a la Puerta del Conde la noche de febrero. Y con él, con sus palabras de recuerdo al día Trinitario, entramos por él, asomamos por este 16 de julio al día magno.

En esa casa criolla de Chepita Pérez, de la cual para desgracia no quedan ni los cimientos, porque dos cosas más vinieron a desmembrar y esparcir la primogénita, en ese 16 de julio de 1838, la pasión de Duarte funda La Trinitaria que será triángulo de libertad-. A las 11:00 de la mañana Rosa Duarte deja inaugurada la revolución. Serra da otra reunión el mismo día, nueve miembros con base de tres-.

“Comenzaba en este momento a salir la procesión -escribe Serrafelizmente nuestra sociedad se instalaba entre música, profusión de cohetes, repiques de campanas...las paredes de las casas cubiertas de cortinas, las puertas y ventanas adornadas con banderas, el suelo regado de flores”.

Era el día de la Virgen del Carmen y jueves. Lo demás ya se sabe. Sobre esa trinidad de héroes resueltos, salió la patria.

Tres puntales que luego se hicieron 9 y luego ciento y luego mil, en el deber y en la heroicidad.

Cuando la historia de estos hombres sea llevada en la sangre por el anciano y por el niño, por la mujer y el joven; cuando duerman y sueñen, realmente, dialogando en nuestra amorosa sangre que les escuche y les comprenda; cuando sean, en nosotros, elementos de amor y de pasión agradecida, entrará a ser el Día Trinitario, día de mayor recuerdo, y pagaremos a los sublimes muertos y desterrados no con moneda mezquina, sino con amorosa paga verdadera; con firme paga de nuestro mejor espíritu.

1943